

Feroz ambición

Isabel de Armas

Parecía que después de su *Franco. Caudillo de España*, con más de mil páginas de riguroso trabajo, Paul Preston ya había dicho todo lo decible acerca de su personaje. Sin embargo, no es así, Franco (1892-1975) todavía da más de sí. El hombre que rigió España durante casi cuarenta años, el militar ambicioso e implacable, el admirador de Hitler y Mussolini, el dirigente político cada vez más pagado de su propio papel, el hombre visceralmente conservador, tan cauto como ambicioso, hábil en el manejo de las personas y de los contrapesos del poder..., en el año 2008, todavía da más de sí. El historiador inglés, gran conocedor de la historia contemporánea española, nos sorprende con nuevas aportaciones acerca de su ya muy trabajado personaje con un nuevo libro: *El gran manipulador. La mentira cotidiana de Franco*, una biografía concisa, accesible y actualizada del dictador, cuya dictadura marcó gran parte del siglo XX español. Paul Preston, quizá el mejor conocedor de este personaje histórico, lo presenta como una figura más compleja de lo que algunos quieren aceptar: como un hombre lleno de ambición, totalmente obsesionado por controlar su propia imagen y muy consciente del poder de la propaganda.

Pero ¿qué le faltaba por decir a Preston, si es que le faltaba algo? En las páginas del trabajo que comentamos, el mismo autor se encarga de decirnos, que la mayor parte de los doce capítulos que lo integran no son del todo nuevos, pero han sido considerablemente ampliados, sobre todo aquellos relacionados con el papel jugado por Franco durante la Segunda República, el que desempeñó en la represión durante la Guerra Civil española y

Paul Preston: *El gran manipulador. La mentira cotidiana de Franco*, Ediciones B, Barcelona, 2008.

después, y acerca de la manipulación de su propia imagen. También hay tres capítulos totalmente nuevos. Dos incluyen descripciones temáticas de las relaciones de Franco con la jerarquía militar y con la Falange. El tercero es una detallada narración de la agonía final del Caudillo a la luz de nuevos datos conocidos.

Desde el comienzo de su libro, el historiador inglés hace especial hincapié en que «los logros de Franco no acaecieron sólo gracias a la suerte; las cosas que le pasaban no sucedían por azar; sus triunfos fueron el fruto de una lucha abnegada, nacida de una feroz ambición». El intrínquilis, o el secreto de fondo, el autor lo encuentra en lo que, sin reparo alguno, podría llamarse «la mentira cotidiana de Franco»: la idea incesantemente cambiada y mejorada que él tenía de sí mismo. La que aparece en conversaciones, en entrevistas, en escritos y apuntes, en discursos... Lo cierto es que él mismo no dejaba de pulir su propia biografía. A través del estudio de todo este material, Preston descubre que Francisco Franco, para hacer frente a una vida dura, se va construyendo una serie de personajes falsos que le servirán de máscara y de cáscara: se los cree de forma tan férrea que termina convirtiéndose en ellos. Y el primer personaje que crea y se cree es el del «Héroe del Rif»; el tipo de héroe galante de las películas de la Legión francesa.

En breve, la prensa empieza a referirse a sus distintas hazañas y en los años veinte le denominan el «As de la Legión». Más tarde, concretamente a partir de 1926, su vida cambia de forma radical, y el soldado bravo pasa de un extremo a otro. El año 26 cobra un significado especial, no sólo porque llega a general, sino porque es también el año en que nace su hija. Por tanto, es un tiempo en que asume otro tipo de ambiciones menos arriesgadas. A partir de entonces su ambición se centra en convertirse en el general más importante de España; en llegar a ser alto comisario en Marruecos.

Salvador de España

Preston insiste en que su protagonista superaba las dificultades a base de crear personajes con los que él se identificaba, que canalizaban sus energías y detrás de los cuales actuaba libre de sus

inseguridades. «Si de joven –escribe– su personaje-máscara fue el gran «Héroe del Rif», durante la guerra de España adoptó otro, el de «Salvador de España», una imagen que tiene mucho que ver con el Cid». Durante esa etapa, Franco monta su aparato de propaganda y empieza de forma deliberada a identificar su propia personalidad con la de los grandes héroes guerreros de la historia medieval, un proyecto para el que resulta muy útil que la Iglesia empiece a hablar de la Cruzada. Su aparato de prensa se nutre de la retórica de la Reconquista para crear a este nuevo personaje, una especie de Cid del siglo XX. Al alcanzar la victoria en la Guerra Civil, consolidado el papel de «Salvador de España», sus propagandistas le presentan como un héroe semejante a los paladines reales medievales: los «reyes-caudillos».

No podemos olvidar que Franco iba conquistando toda suerte de triunfos. Nombrado Generalísimo y hecho Caudillo, organiza su partido único y llega a ser Jefe Nacional. Termina la Guerra Civil con más poderes –en teoría– que Felipe II. Según Preston, con sus pretensiones imperiales, Franco pasa de una época en que fingía ser el Cid a otra en que intenta fingir ser Felipe II, pero al fallarle sus sueños de recrear el imperio del hijo de Carlos V, inventa la idea de que él es el Comandante de Numancia, rodeado de sus fieles numantinos falangistas. Se fabrica la idea del cerco internacional. «Claro –comenta el historiador–, de cerco internacional había poco, porque de hecho el contexto le favorecía». Efectivamente, en la Guerra Fría, a los intereses económicos y militares de las grandes potencias occidentales les convenía mucho más que en España ejerciera el poder un dictador que una República con participación de socialistas y comunistas. Sin embargo, Franco utilizará el cerco internacional a través de un montaje de propaganda, para crear e intensificar la idea de que él es el guardián indispensable de España.

Esta época termina con su gran triunfo: el acuerdo con Estados Unidos en 1953. En la cima del poder, el Caudillo muda otra vez de máscara: pasará ahora a ser el padre de su pueblo, duro pero justo. Es un papel que con el paso del tiempo se convertirá en el del abuelo bondadoso de su pueblo. Finalizado el recorrido de las sucesivas máscaras, el autor de *El gran manipulador* concluye: «Son unas máscaras que en cada momento encubren su ambición,

brindan a sus pretensiones un barniz de patriotismo y posibilitan que él mismo no logre distinguir entre el bien de España y su propio bien».

Si la ambición destaca como nota dominante en su personaje, el terror es el medio del que se sirve para conseguir sus objetivos. Preston desciende a hechos concretos, y acaba diciendo: «El uso del terror, como inversión tanto a corto plazo como a la larga, fue un elemento esencial en el repertorio de Franco en su condición de general y de dictador. Durante la guerra y mucho después de la misma, aquellos de sus enemigos que no habían sido eliminados físicamente quedarían paralizados por el miedo y forzados a buscar su supervivencia en la apatía».

El historiador inglés tampoco quiere ocultar de su aborrecido Caudillo sus indiscutibles cualidades y logros, y así, destaca su sangre fría e imperturbabilidad en momentos de tensión. «Ningún revés alteró su voluntad –escribe–. Como general rebelde, su habilidad para conseguir el apoyo vital de Italia y Alemania, fue un dato crucial para el éxito de su esfuerzo bélico. Tampoco puede minusvalorarse su éxito político al lograr domesticar y unificar a las diversas fuerzas políticas presentes en la coalición anti-rrepublicana. Todos estos logros compensaban sus limitaciones o falta de brillantez como estratega».

Carácter vengativo

Impresiona constatar, como Preston se encarga de hacerlo, el hecho de que hasta el día de su muerte, su personaje, llevado por su carácter vengativo, mantuvo a España dividida entre los vencedores y los vencidos en 1939. «Este benévolo padre de su nación –comenta con ironía– consideraba la Guerra Civil como la lucha de la Patria contra la Antipatria y a los vencidos como la “canalla de la conspiración judeo-masónico-comunista”».

El autor de este libro nos recuerda, como dato fundamental de la era franquista y postfranquista, la desaparición de pruebas con la consiguiente liquidación de archivos: «Se destruyeron millones de documentos entre 1965 y 1985» –afirma–. Entre las pérdidas de aquellos decisivos veinte años figuran los archivos de la Falange,

los archivos de las jefaturas de policía provinciales, y los gobernadores civiles, también desaparecieron. Convoyes enteros de camiones se llevaron los documentos «judiciales» de la represión.

En el esclarecedor capítulo 6, titulado «Franco y sus Generales», el autor nos muestra cómo su personaje estaba dotado de una habilidad suprema para mantener su lealtad a base de la distribución astuta de destinos, ascensos, condecoraciones, pensiones y hasta títulos de nobleza. En compensación, sus agradecidos aduladores llegaron a compararle en vida con el arcángel san Gabriel, con Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno, el Cid, Carlos V, Felipe II y Napoleón. Pero lo más asombroso es que el Generalísimo se viera realmente reflejado en los pomposos términos de su propia propaganda. Igualmente pasmosa resulta su total ausencia de autocrítica y la confianza total en sí mismo. Esa confianza jamás socavada y su certeza de tener siempre la razón denotan, por su parte, una falta de sentido de la realidad.

Especialmente interesante es, como Preston nos muestra en su trabajo, el gradual y cada vez más claro convencimiento de Franco de que él era muy superior a los Borbones, convicción que aumentó durante la Segunda República. El hecho de aplastar las rebeliones de Asturias y Cataluña agudizó su convicción mesiánica de que había nacido para gobernar. A la vez, sentía que había conseguido lo que el Rey no había sabido hacer en 1931 y, por tanto, empezó a ver debilidad tanto en la figura de Alfonso XIII como en la monarquía constitucional. Sin embargo, fue a lo largo de la Guerra civil cuando sus actitudes hacia la monarquía se definieron del todo.

El apoyo de la Iglesia

En la última parte de su trabajo, el autor de *El gran manipulador* insiste en que el apego al poder del Generalísimo no se puede entender sin recordar su visión del pasado español. Con el apoyo de la Iglesia católica, que se había referido a la Guerra Civil como cruzada religiosa, Franco fue presentado como el gran cruzado, y sus gestas se equipararon con la Reconquista frente a los árabes. Así, se exaltaba y reforzaba la imagen de Franco el guerrero a la

cabeza de una «cruzada» emprendida para «liberar» a España de las hordas ateas de Moscú. Al Caudillo lo proclamaban no sólo como defensor de España, sino también el defensor de la fe universal, papeles ambos que correspondían a los reyes. Para la jerarquía católica, su causa era la causa de Dios, por lo que le trataba como el enviado del Todopoderoso o, al menos, como a un santo. «No era de extrañar –comenta Preston– que acabase creyendo que tenía una relación especial con la Divina Providencia. Empezaba a manifestar pretensiones propias de la realeza». La victoria final en la Guerra Civil no hizo sino intensificar la convicción que tenía de su derecho divino a reinar en España como regente vitalicio. En sus discursos, Franco argumentaba que el declive de España había comenzado después de Felipe II por flaquezas de la monarquía. Se consideraba capaz de restablecer la grandeza del país, aunque para ello había que acometer la tarea de borrar los tres calamitosos siglos anteriores.

El historiador inglés está convencido de que el alejamiento de la realidad es lo que le daba a su personaje una confianza total en sí mismo, sin el menor viso de autocrítica. Insiste en que su Régimen existía básicamente para satisfacer sus propios intereses. Y así lo expresa: «La carrera de Franco había estado impulsada por una feroz ambición. Una vez que había conseguido los títulos de Generalísimo de las fuerzas armadas, Caudillo y jefe del Estado y jefe nacional de la FET y de las JONS, su mayor afán fue conservar el poder que había acumulado». Destaca que, para conseguirlo, sus armas fueron la astucia instintiva, la caradura y la imperturbable sangre fría con que fomentaba la rivalidad entre las varias fuerzas del Régimen y acababa con cuantas amenazas pudiera representar para él cualquiera que fuese superior a él en inteligencia o integridad moral.

Paul Preston nos presenta un personaje que viene a ser –casi, casi–, como el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno. Un libro demoledor, sobre todo para los que fueron, y siguen siendo, sus admiradores y partidarios. Después de todo, no podemos echar al olvido que, Franco no gobernó únicamente por medio de la represión, sino que también gozó de un considerable apoyo popular ©